

# EL BALANCE DE LA CULPA

NOTAS SOBRE LA GUERRA FRÍA, 1960

Charles Wright Mills\*

I



**E**l desastre de la Conferencia en la Cumbre ilustra nuevamente las causas inmediatas de la Tercera Guerra Mundial. Éstas radican en la terrible semejanza de ambos contendientes: la actuación de uno enoja al otro, el otro reacciona y, a su vez, irrita al primero. Hay causas intermedias tras esta simetría: la frialdad del ambiente y las mortíferas reservas de armamento formadas por la previa política y la falta de política de ambos. Las causas básicas, naturalmente, parecen ser parte del desarrollo de la historia mundial del siglo xx.

Los dos campos en lucha cuentan con hombres y fuerzas que trabajan por la paz; también con hombres y fuerzas que quieren la guerra. Pero en lo que se refiere a la interacción de los dos campos, hay una enorme diferencia entre la política de los belicistas y la política de los pacifistas: los triunfos de los partidarios de la guerra en cada uno de los bloques tienden a acumularse, lo cual no sucede en el mismo grado con los pacifistas de ambos bloques. Los planes materiales de defensa y ataque —fuente inmediata del peligro— se aceleran y crecen con el éxito y con la influencia mutua de los grupos probélicos, y a menudo resulta difícil contrarrestar el efecto de estas medidas. Los destructores de un lado fortalecen a los destructores del otro —y así se acentúa la terrible dialéctica que existe entre los dos—. El terror mutuo que alimenta a esta dialéctica, que a su vez acrecienta a aquél, se acumula con mayor rapidez y con resultados más decisivos que cualquier confianza recíproca erigida, lenta y tortuosamente, por los pacifistas.

\* Sociólogo estadounidense. *Universidad de México*, diciembre de 1960, vol. XV, núm. 4. Traducción: revista *Universidad de México*

El desastre en la Cumbre demuestra esta simetría en las acciones de las élites y las ventajas que llevan los belicistas de ambos lados que desean la guerra.

Los estadistas que iban a reunirse en París no llegaron solos ni se encontraban en un ámbito vacío; cada uno traía consigo una tradición política; sobre cada uno pesaba la presión interna del país y el bloque al que pertenecían.

En el campo estadounidense, las fuerzas bélicas habían ganado, al parecer, hegemonía durante el bienio anterior a la reunión.

La prueba más inmediata y evidente de ello fue el vuelo del U-2, que, recordémoslo, ocurrió la víspera de la reunión de París, al tiempo que se realizaban pláticas para acabar con las pruebas atómicas, y cuando la tecnología militar había llegado a un punto en que cualquier interpretación errónea de tales vuelos como ataques, podría evidentemente causar un auténtico contraataque y así precipitar la Tercera Guerra.

Los vuelos de los U-2, desde cualquier punto de vista racional que se les considere, eran actos de provocación; constituían una clara violación del derecho internacional; más aún, eran actos de agresión. Por supuesto, sabemos que "soberanía" y "agresión" son palabras sujetas a interminables definiciones legalistas, y que ambos lados con frecuencia, si no continuamente, "cometen actos de agresión" contra el bando contrario. Pero basta preguntarnos ¿qué harían los estadounidenses si un avión de reacción soviético fuera derribado mil 200 millas dentro del "territorio soberano de Estados Unidos"? Es cierto que los satélites que lanzan los soviéticos y los estadounidenses vuelan alrededor de la Tierra sobre todas las naciones; pero, al menos hasta ahora, no sabemos si son capaces de lanzar un ataque atómico y esto es precisamente lo que pueden hacer los aviones de reacción. La posibilidad de una mala interpretación "accidental" de sus intenciones coloca a los aviones y a los satélites en categorías diferentes, al menos por ahora. También es cierto que todas las potencias emplean espías; pero un avión de reacción que vuela sobre el territorio de otro país es evidentemente muy distinto de un espía o de un diplomático que lleva una caja llena de micrófonos.

A pesar de todo, los rusos le dejaron una salida al presidente. No se aprovechó de ella; no alegó ignorancia de la aventura, con una actitud diplomática que era de esperar. Por primera vez en la historia moderna un jefe de Estado admitió su responsabilidad personal en un acto de espionaje.

Más aún: mintieron los altos funcionarios de Estados Unidos —y se vieron atrapados en la maraña de sus mentiras—. Primero se dijo que el avión volaba en misión meteorológica y accidentalmente se había perdido cerca de la frontera, y que Estados Unidos nunca ha violado intencionalmente el espacio aéreo soviético. Después, que los aviones estadounidenses habían volado sobre Rusia, pero que este vuelo del U-2 no fue autorizado por Washington. Más tarde se aseguró que estos vuelos *estaban* autorizados efectivamente, que el presidente tenía plena conciencia de ellos, y que continuarían si se juzgaban necesarios para la defensa. También se confesó que los vuelos se habían realizado ya durante varios años; invadir el espacio aéreo de otros Estados soberanos a la altura de los vuelos de reacción —tal es la política de largo alcance, ahora confesada por Estados Unidos.

Poco antes de la Conferencia en la Cumbre, el presidente declaró que pronto abandonaría la reunión delegando sus facultades en las negociaciones a un subordinado. Más tarde, durante el intercambio de injurias, este subordinado, que tenía buenas posibilidades de convertirse en el próximo presidente de Estados Unidos, defendió los vuelos U-2 "en las condiciones actuales". Mientras se llevaban a cabo en Ginebra las negociaciones sobre las pruebas atómicas, Estados Unidos anunció la reanudación de las explosiones de pruebas subterráneas, y así rompió unilateralmente la incierta tregua que había estado en vigor desde 1958. Unos días después se cambió el comunicado; se dijo entonces que la serie de pruebas no incluía explosiones nucleares. Durante el conato de Conferencia en la Cumbre, el jefe de la Defensa de Estados Unidos ordenó una alerta militar universal, una "prueba de disposiciones prebélicas". Estos últimos sucesos —los que siguieron al abatimiento del U-2— fueron, naturalmente, respuestas al comportamiento soviético, parte de la interacción entre ambos. ¿Cómo actuó, a su vez, la Unión Soviética?

La Unión Soviética no es totalmente monolítica, y mucho menos el bloque soviético. Tiene asimismo fuerzas que quieren la paz y fuerzas que quieren la guerra. Se ve claramente que el señor Krushchev no es un dictador al modo de Stalin; es el personaje principal de un reducido grupo que constituye el núcleo de la élite de poder soviética. En ella se discuten diferentes rumbos políticos, y estas discusiones responden a distintas propuestas de grupos externos—la élite china, por ejemplo, o los deseos del pueblo ruso de tener un nivel material de vida más alto—. El señor Krushchev había conseguido contener las fuerzas de la Guerra Fría que existen en su campo en el periodo anterior a la Junta en la Cumbre. Es más, dentro de ese campo, su propia carrera, en lo que se refiere a decisiones sobre asuntos extranjeros, se funda en la política de coexistencia y de negociación. En sus esfuerzos por imponer tal política se ha creado oponentes tanto en sus propios altos círculos como en los de su aliado más importante. El vuelo del U-2 y el modo en que fue tratada su revelación por los oficiales de Estados Unidos proporcionaba a su oposición la excusa final, la excusa necesaria. Aquí estaba, según dijo el gobernador Stevenson al hablar del vuelo, “el marro y la barreta” para la Guerra Fría del bloque soviético.

Que el señor Krushchev cambiara o no de opinión tiene menos importancia que su actuación como jefe de su propia élite, y en París se portó con grosería inaudita: afirmó que el señor Eisenhower—cuya visita a la Unión Soviética ya se preparaba—no sería bien recibido en ese país; y exigió que el presidente censurara tales vuelos, que se castigara a los “directamente culpables”, y que se prometiera que tales vuelos no continuarían. Entonces y no antes el señor Eisenhower declaró que se habían “suspendido” los vuelos de los U-2 desde el incidente del 1° de mayo, y que “no se reanudarían”. Todo esto, se dijo, causó sorpresa en Washington. El señor Eisenhower se negó a cumplir las otras dos demandas en todo o en parte. No buscó al señor Krushchev para disculparse por el vuelo. No reconoció públicamente que los vuelos constituían una violación de la ley internacional. Insistió en que Estados Unidos no había hecho nada malo.

Los portavoces soviéticos atribuyen a la invasión estadounidense, y al modo en que en Washington se manejó el incidente, el fracaso de la Conferencia en la Cumbre; en Berlín, más tarde, el señor Krushchev inesperadamente asumió una postura conciliatoria ante el problema de Alemania. Portavoces de Estados Unidos y de la OTAN generalmente atribuían a comportamiento del señor Krushchev en París el fracaso de las negociaciones; lo acusaban de tratar de destruir la reputación del presidente en sus funciones de dirigente mundial. Nunca llegaron a confesar que el modo en que Estados Unidos trató el incidente del U-2 podría haber sido la razón principal del comportamiento del señor Krushchev en París.

Pero apartémonos unos momentos de esta serie especial de sucesos. ¿Acaso el análisis de los sucesos internacionales recientes puede hacernos pensar que la Unión Soviética tiene la responsabilidad continua y unilateral del peligro de la guerra? ¿No está claro que hay un balance de culpa en la mecánica de la Guerra Fría que está llevando a la humanidad hacia una Tercera Guerra Mundial? En caso de guerra tal pregunta resultaría superflua; pero aún no lo es. Supongamos que estallara la guerra, por ejemplo, por una mala interpretación accidental de aviones de espionaje considerados como bombarderos atómicos. ¿Quién tendría entonces mayor responsabilidad: Estados Unidos o la Unión Soviética?

Creo que la respuesta variaría en diferentes periodos de la posguerra. Desde este momento creo que la respuesta es que la mayor parte de la culpa la tendría Estados Unidos. Pero tales consideraciones poco consolarían a los hombres cuerdos de ambos lados. El hecho vital es que existe un balance de



culpa, no el que la culpa esté de un lado o del otro. Lo de importancia vital es la nociva semejanza de acción; en ella encontramos las causas estratégicas de una Tercera Guerra Mundial.

## II

Me encontraba en Moscú completando una serie de entrevistas con intelectuales soviéticos cuando apareció la noticia del vuelo del U-2. Había ido allá a recoger el material necesario para varios trabajos de investigación. Un aspecto de los sucesos me causó tal impresión que creo necesario consignarlo aquí.

Las diferencias morales e intelectuales que existen entre los pueblos soviéticos y los de la OTAN son más profundas que las diferencias de opinión de retórica política, de ideales, de sinceridad de las convicciones, de grados de lo razonable. En cuanto a sus convicciones y creencias, lo que separa a los dos mundos es ni más ni menos que las definiciones de la realidad en razón de lo que observa cada cual, de lo que cada cual piensa, siente y juzga. Tras de esta diferencia hay, por supuesto, una experiencia radicalmente diferente, hay una historia diferente en sí. Cuando uno se encuentra allá, se tiene conciencia de que la opinión y la información, por simple que sea, se encuentra en ambos lados distorsionada por la hostilidad. Estoy convencido de que por razones diferentes esta imposibilidad de la comprensión (aun del esfuerzo de entender dónde está el problema) es tan grande en el Occidente como en el Oriente. Hay una cortina de hierro; también hay de este lado una cortina de acero inoxidable. Y ambas están en la mente y en las fronteras.

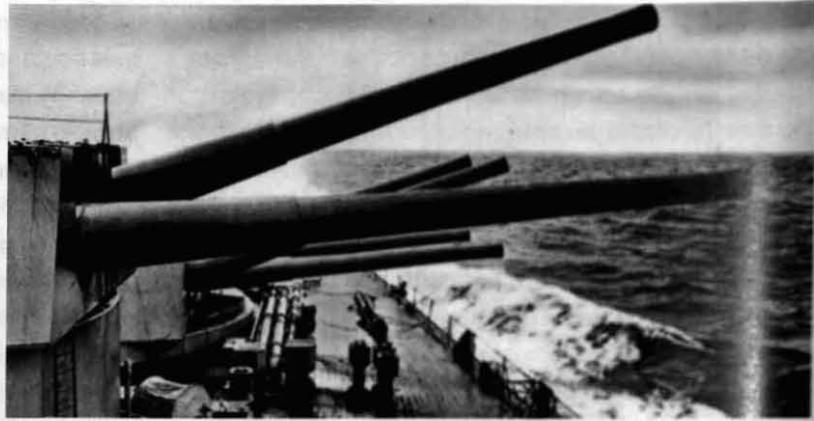
La comprensión se hace imposible si continuamente el espíritu se cierra en el propio concepto nacionalista de la realidad, o si se aferra a las condiciones derivadas de la experiencia de o con el estalinismo. No se puede reaccionar simplemente ante una palabra, un lema, una propuesta de los que usan los intelectuales o los dirigentes soviéticos, suponiendo que se ha entendido toda la intención del significado. Se debe buscar con paciencia para descubrir el sentido; se tiene que reunir lentamente el vocabulario adecuado para comprender lo que el otro intenta expresar.

Sólo un número exiguo de personas en ambos lados se encuentra empeñado en esta clase de trabajo.<sup>1</sup> Y, claro está, los occidentales que tratan de hacerlo corren el riesgo de que se les censure de "no poder entender la amenaza del comunismo", o de "filocomunistas". Creo que, traduciéndola, esta acusación generalmente quiere decir:

1. Que no nos satisfacen las definiciones oficiales y semioficiales de la realidad del mundo, y en particular de la realidad soviética, que forman hoy día el denominador común de creencias de las naciones de la OTAN. No me encuentro preparado para emitir juicio sobre muchos puntos específicos de los asuntos internos de la Unión Soviética y de sus relaciones internacionales —puntos sencillamente supuestos en mi país—. O existe en mí cierta ambivalencia o sólo soy un ignorante. Pero además no creo que haya nadie que realmente conozca los hechos sobre los que se podría juzgar: el trabajo necesario para llegar a ese conocimiento no lo han hecho muchos, y a menudo las condiciones políticas son tales que el esfuerzo no puede hacerse. En los altos círculos de donde emanan las decisiones y en los de los portavoces semioficiales de ambos países, no veo que haya un número considerable de personas que pueda realizar la labor necesaria para el entendimiento de los puntos de vista del otro.

2. La fácil acusación de ser "ingenuo con los rusos" quiere decir, según entiendo, que muchos que suponen que saben "todo lo que hay que saber de este peligro" ya han decidido desde lejos, y desde hace algún tiempo, qué es la Unión Soviética. Muchos intelectuales del mundo occidental han sufrido grandes daños por participar en movimientos comunistas y radicales. Juzgan a la Unión Soviética basándose en su propia experiencia con los partidos comunistas del Occidente, en la mayoría de los casos durante la era estalinista. Muchos de ellos son ahora miembros del viejo futilitarismo de la izquierda liquidada. En esto creo que he tenido suerte: por diversos incidentes de mi vida nunca he sido miembro, ni soy ahora miembro de ninguna organización política comunista (según dicen), ni de otra clase. Ni he sido, que yo sepa, simpatizante de ninguna organización de esta clase.

3. Tal vez por ello al discutir la paz y la guerra no he sentido una necesidad incesante de repetir lo que llena los periódicos estadounidenses: las maldades de los incorregibles gobernantes soviéticos. El gran número de estos escritos (que responsabilizan unilateralmente a los soviéticos por la amenaza de la guerra) sirve para reforzar la barrera insalvable ante la que nos encontramos. Debemos romperla, y el único modo posible es comenzar con uno mismo. Para hacerlo, y como



escritor estadounidense, se tiene que comenzar por examinar detenida y severamente la postura monolítica de sus conciudadanos y de sus colegas intelectuales ante la Guerra Fría. Tal vez si yo escribiera como británico, principalmente para Gran Bretaña, no necesitaría hacer hincapié. En ese país se ha estado sosteniendo un debate muy real y amplio. En Estados Unidos ha sido más bien que un debate público, un ruidoso intercambio de trivialidades bipartidistas y de aburridas quejas del viejo utilitarismo. Durante el siglo XIX y la primera parte del XX, bueno es recordarlo, muchas generaciones de sociólogos estudiaron los orígenes y el desarrollo del capitalismo liberal como fenómeno histórico del mundo. Hans Gerth tiene sin duda razón cuando observa que, de modo parecido, debemos ahora prestar atención al surgimiento y al desarrollo del comunismo en todas sus variantes. El que no sienta una gran humildad intelectual ante tal tarea, será un insensato. No es ésta, por supuesto, una actitud de "nada sé"; aunque me doy plena cuenta de que los dogmáticos de ambos lados aseveran que así es. Mas no importa. Ensayos como éste de carácter experimental no son para ellos. No quieren abandonar sus ideas, ni siquiera porque son tan inocentes y simples.

Para comenzar a pensar claro, para entender algo tan complejo como la Guerra Fría, debemos tener presente lo que esto significa. Es nada menos que intentar comprender toda la historia actual del mundo. Me parece que ha llegado el momento de volver a enjuiciar en su totalidad "el fenómeno soviético". Y deben hacerlo los intelectuales del Occidente sin considerar a los partidos comunis-

tas occidentales, la Guerra Fría, la ideología propia de los soviéticos, el fracaso de varias interpretaciones marxistas (no comunistas) de sus realidades. Lo que se necesita es una nueva interpretación de la Unión Soviética, considerando el lugar que ahora ocupa en la historia del mundo, y de su concepto sobre una nueva izquierda en los países occidentales y en las regiones no desarrolladas. Después de todo, la imagen que se tiene del bloque soviético y la desilusión del comunismo es lo que origina la apatía aristocrática que existe en Estados Unidos para los nuevos intentos políticos, la abstención de actividades políticas, la elegante inactividad, y la negación de toda esperanza; en suma, toda la insolencia política y cultural de los intelectuales de la OTAN durante los últimos 15 años.

Si rechazamos la postura anterior, debemos entonces seguir adelante y responder claramente a esta pregunta: ¿qué es exactamente lo que pensamos del bloque soviético y de sus posibilidades? No es posible ni necesario que responda aquí cabalmente a la pregunta. Lo más importante para el tema de la guerra y de la política pacifista (en lo que se refiere a Rusia) es nuestra opinión sobre su política externa y los asuntos domésticos y de su bloque que influyan sobre esa política.

Esto requiere que tratemos seriamente de retirarnos de la escena actual y de considerar la lucha mundial en un contexto histórico. Requiere también que tengamos siempre en cuenta ciertas comparaciones entre la Unión Soviética y Estados Unidos. Por ejemplo: es obvio que las diferentes imágenes de la Unión Soviética dependen no sólo de la seriedad con que consideremos los cambios efectuados desde la muerte de Stalin, sino también de la seriedad con

que tomemos la falla de nuevos rumbos y el poco uso de la libertad en Estados Unidos desde la Segunda Guerra Mundial. Trillados estereotipos y abstracciones fanáticas obstruyen nuestro juicio.

No es adecuado tener ideas simplistas. No es cierto que un lado sea dogmático y el otro tolerante. Se esté o no de acuerdo con ellos, las opiniones de muchos portavoces intelectuales soviéticos son tan "razonables" como las de muchos estadounidenses. El hombre y la mujer soviéticos, además, son tan "sinceros" como los estadounidenses —y a veces más, aunque sólo sea porque han experimentado la guerra de modo distinto que los estadounidenses.

Yo no creo que en el bloque soviético todo sea mentira, y en el de los aliados todo sea verdad. Ambos están plagados de mentiras y en ambos abunda la verdad; la guerra ideológica que llevan a cabo es en su mayoría una pugna de hipocresías. Y en los dos sistemas, la gran mentira que más debe preocuparnos es la de que la guerra constituye todavía la base de una política concebible humana. En este aspecto es muy difícil efectuar el balance de la culpa, puesto que tras el común espíritu militarista existen dos sistemas de vida totalmente distintos, que se encuentran en diferentes etapas de desarrollo histórico, de desenvolvimiento y de objetivos.

1. Ante todo debemos comprender la magnitud de la experiencia soviética en la Segunda Guerra Mundial. Cualquiera que hable con un ruso se dará cuenta de lo que significaron para ellos 20 millones de muertos: es algo que la mayoría de los estadounidenses no puede siquiera imaginar. En proporción a ellos la guerra sólo les costó una cantidad pequeña de bajas; pero no tuvieron ninguna devastación. Al contrario, la guerra produjo una gran bonanza.

2. Para los soviéticos, "el Occidente" incluye la Alemania occidental. (Ayer era la Alemania nazi; hoy, reconstruida con la ayuda de Estados Unidos, es la punta de lanza de la OTAN; mañana tendrá armas atómicas.) Recuerdan la gran espera del Segundo Frente. El repentino fin de la ayuda de préstamo y arrendamiento al terminar de combatir; la amenaza de "despejar" lo que ellos consideran el

poder soviético de defensa, cuando Estados Unidos tenía el monopolio de armas atómicas. Y se ven circundados por bases estadounidenses de proyectiles y por el Mando Aéreo Estratégico —dotados de bombas H— y ambos emplean sus bases para aviones de reacción que invaden el espacio aéreo ruso.

3. Por estas razones, y muchas otras (algunas ciertas, otras imaginarias) los rusos consideran que la diplomacia soviética, y especialmente los esfuerzos de Krushchev, tienen intención conciliatoria: dos veces han reducido sus fuerzas armadas, lo cual, aunque carezca de importancia militar, es importante para ellos; unilateralmente han cesado en sus pruebas nucleares; se han deshecho de algunas bases en el extranjero; han tomado la iniciativa en desocupar y en neutralizar a Austria; se esforzaron por terminar la guerra civil en Indochina; han tratado continuamente de parlamentar con los jefes occidentales para reducir tensiones; han propuesto lo que ellos consideran un plan importante de desarme; después del desastre en la Cumbre no han intervenido en Berlín de la manera esperada, y han reformado las propuestas de desarme en un esfuerzo por entenderse con el Occidente.<sup>2</sup> Olvidemos por ahora si su intención es cínica o no; lo importante es que constantemente han tomado la iniciativa.

4. El pueblo soviético comprende —aunque ambiguamente todavía— qué significa el estalinismo. Recuerdan los trabajos forzados, el terror, el espionaje, los actos inhumanos, y consideran que desde su muerte ha comenzado una nueva era. Su sentimiento predominante es el deseo y la esperanza de tener más y mejores productos de consumo, y un descanso en sus duras labores; confían en que por



medio de la automatización y la organización, el trabajo será más agradable.

Insistimos de nuevo en que no importa tanto que nosotros creamos esto; lo importante es que muchos de ellos lo crean. La política exterior soviética se basa en tales circunstancias. Su política en la Guerra Fría y la diplomacia dependen ahora de esta visión del mundo y de la creencia de que tienen una nueva oportunidad.

Muchos aceptan opiniones ya formadas sobre los temas que ahora vamos a reconsiderar.

### III

“¿Podemos fiarnos de los rusos?” La respuesta es negativa. Simplemente en materia de fe, no podemos confiar en la élite de ningún Estado que tenga gran poder. Los hombres y las mujeres comunes no podemos fiarnos de nuestros jefes; ni de la Agencia Central de Inteligencia, ni de los militares de alta graduación del Pentágono, ni de los del Mando Aéreo Estratégico. No podemos fiarnos de De Gaulle ni de “los franceses”. Todo lo cual significa simplemente: el peligro acecha por todas partes.

Sólo puede confiarse en un Estado cuando se trata de su propio interés. La pregunta útil no ha de ser: ¿podemos fiarnos de tal nación o de tal élite?, sino, primero, ¿qué es lo que ellos consideran su interés? Y segundo, ¿manifiestan cordura o demencia en el uso de las armas nucleares? En mi opinión, la respuesta a la segunda pregunta en relación con las élites estadounidense y soviética es: manifiestan mayor demencia que cordura. Pero consideremos la primera pregunta.

La agresión no es la característica permanente de un Estado; es una etapa que tarde o temprano se manifiesta en el ascenso al poder. La nación débil es la que tiende a ser “la agitadora”, la fuerte, la que lanza llamados a “la paz y al orden”; pues el fuerte presiente, con cierta razón, que puede continuar su ascendencia económica y política sin “causar” dificultades ni recurrir a la violencia. Puede adoptarse con mayor facilidad una política pacífica cuando se tiene la hegemonía de los asuntos mundiales, especialmente de los económicos. Es más, se tiene la ventaja de firmar tratados y otros acuerdos que favorezcan sus intereses, y tales tratados tie-

nen mayor probabilidad de ser respetados que aquellos que se ven forzados a aceptar condiciones por ser débiles. Es algo parecido, como ha indicado E. H. Carr, a lo que sucede en las disputas obrero-patronales: el fuerte “quiere la paz”, el débil es el “agitador”; puesto que la fortuna está en contra del débil, es éste el único modo de conseguir lo que quiere.

Pues bien, durante la mayor parte de su historia, la Unión Soviética ha sido muy débil militar, económica, política y culturalmente; no ha tenido una organización industrial, su población carecía de instrucción y ha sufrido el peso moral de una tiranía política y cultural.



Pero ahora, en 1960, la Unión Soviética ha eliminado varios de sus puntos débiles; otros los está eliminando. Es más, el equilibrio mundial de debilidad y fuerza está cambiando y probablemente continuará cambiando. En los dos o tres decenios próximos, tal vez en menos tiempo, será “el Occidente” el que se debilitará, y el bloque chino-soviético el que se fortalecerá. Ya está sucediendo en materia militar; pronto se manifestará en el nivel económico general, en el poder cultural de atraerse a las regiones neutras no desarrolladas.

Durante este periodo de cambio histórico mundial —según se vaya haciendo más notorio— el Occidente, por su debilidad, puede ceder a la tentación de ser el “agitador”. Basándose en este gran cambio el balance de la culpa de la guerra puede también variar; la culpa puede desplazarse más hacia el Occidente, en especial hacia Estados Unidos.

Tras este cambio total existe una verdadera competencia de sistemas políticos y económicos. Uno de ellos de propiedad pública y planificación central;

el otro, de economía capitalista –con elementos mixtos y con prestaciones sociales– y formalmente democrático en su organismo estatal.

En adelantos científicos, los soviéticos ya han demostrado su ventaja. Creo que, de no haber guerra, también mostrarían la superioridad de su economía que sobre todo ofrece niveles de vida más altos y más igualitarios. No es una insensatez creer (según ha sugerido Isaac Deutscher) que esto producirá una mayor libertad política y cultural: primero por la mayor eficacia social que esa libertad permite, y segundo por la influencia política que ejercerá el pueblo soviético al poseer una mayor instrucción.

Es poco importante que creamos esto, pues los soviéticos sí lo creen. En vista de ello, ¿cuál es su actual política exterior?

Los objetivos fundamentales de la política soviética son: primero, mantener las fronteras actuales del bloque chino-soviético; segundo, consolidar las conquistas materiales y otras que se han hecho en un alto costo, y tercero, acrecentar estos logros dentro de sus territorios consolidados. El pueblo ruso tiene conciencia de un plan: quiere y exige, de no haber guerra, la transformación de lo que con exactitud se llama el “imperio estalinista” en una unidad política internacional económica que se desarrolle como un todo económico, y cuyos miembros tengan estabilidad política.<sup>3</sup>

Para ellos la coexistencia pacífica no es sólo un lema o engaño, sino una esperanza y una guía. Su objetivo para el exterior es, sobre todo, ganar tiempo para demostrar los resultados económicos y políticos de su sistema. Creen que esta demostración de la superioridad de su sistema bastará para ganarse al resto del mundo.



Tales sentimientos y objetivos, en mi opinión, dominan la sociedad soviética de hoy, desde su élite aún medio stalinista, hasta la más primitiva granja colectiva. Para algunos ciudadanos soviéticos no es más que “una esperanza”, para otros es una probabilidad. Pero la política exterior de la Unión Soviética debe entenderse en relación de tales sentimientos y objetivos.

No cabe duda de que los rusos quieren hacer esto; y ellos no dudan poder hacerlo, si no hay guerra. No debemos olvidar que creen que el tiempo es su aliado, y que están por un cambio pacífico en el mundo. Consideran que su sistema puede derrotar al capitalismo en todos los frentes por medio de la competencia pacífica, y sin recurrir a la violencia.

#### IV

Ningún pueblo quiere la guerra; esto es indudable. Lo que hay que preguntarse es: ¿qué traman los dirigentes?, ¿qué ideas tienen sobre los métodos y la política necesarios ahora?

La mayoría de la élite soviética no quiere la guerra: está muy ocupada en otras cosas y ve claramente que para su economía los preparativos bélicos son un desperdicio.

La mayoría de la élite de Estados Unidos tampoco quiere la guerra. Pero la divide profundamente la posición que ocupa en la sociedad estadounidense y en el mundo: su preocupación dogmática por ciertos grandes intereses hace que, al final de cuentas, adopten una política que favorezca las posibilidades de guerra:

1. La frecuente acusación soviética de que “los fabricantes estadounidenses de municiones” son culpables de la Guerra Fría me parece que no es una explicación adecuada del factor económico de la situación. Es cierto que estas empresas incitan a la preparación constante para la guerra, y no puede negarse la relación que existe en la mente de muchos entre esa preparación y una posible depresión, o entre tales preparativos y la continuación de la prosperidad. En Estados Unidos se obtienen grandes utilidades de estos preparativos bélicos; quizá la prosperidad del capitalismo se basa en los preparativos bélicos (en gra-

do desconocido, pero posiblemente muy considerable). No podemos creer que esto fomente la paz. Mi formulación peca de reticencia.

2. Debemos recordar que no hay otro mercado que el militar para los productos que se hacen bajo enormes contratos con empresas que fabrican aeroplanos, proyectiles, material electrónico y de exploración sideral. La investigación, el desenvolvimiento y la fabricación de tal armamento corresponde al insensato desperdicio que es parte inseparable del capitalismo estadounidense; en forma verdaderamente maestra combina la inflación con el rápido desuso. He aquí un verdadero *deus ex machina* capitalista. Las inversiones bélicas no tienen competencia de empresas particulares; no se oponen a los intereses inmediatos de ningún grupo influyente; no producen ninguna consecuencia política de importancia doméstica. Es cierto que elevan los impuestos, pero las empresas pueden ahora incluir gran parte de sus impuestos en "costos de producción", pasándole la carga al consumidor. Además, los programas del gobierno que, en la opinión de muchos economistas, se necesitarían para remplazar la economía de la defensa, son precisamente aborrecidos, política y económicamente, por aquellos que en nombre de la empresa libre se benefician política y económicamente con la carrera de armamentos. Imagínense la confusión que se produciría si se propusiera un programa "socialista" de 60 billones de dólares para la renovación urbana, el desarrollo de valles, o la construcción de escuelas. ¡El gasto para el bienestar público *sí compete* con la empresa particular; *sí* entra en conflicto con el interés inmediato de los grupos influyentes; *sí* tiene consecuencias políticas domésticas; aumenta los impuestos, etcétera!<sup>4</sup>

Se necesitaría un esfuerzo político de gran alcance para deshacerse de la economía permanente de guerra de Estados Unidos. Ésta ha sido y es la base principal de la prosperidad de la nación —y es la causa de que Estados Unidos se vea arrastrado hacia la Tercera Guerra Mundial.

3. La economía de la Unión Soviética no tiene ninguna de estas características. En contraste con Estados Unidos, en la Unión Soviética no existen razones económicas internas para preparar la guerra,

ni para ninguna forma de imperialismo. La situación era diferente al acabar la Segunda Guerra Mundial, cuando el motivo económico era la conquista del botín: el intento de acrecentar sus "ganancias" y recuperarse de la devastación de la guerra. Pero ya no es así; el adelanto industrial proporciona a los soviéticos modos más fáciles de continuar la industrialización.

4. El poder de la élite estadounidense, según está constituido en la actualidad, estriba en gran parte en la economía bélica permanente y en el predominio militar. Éstos a su vez se fundan en la opinión pública que tiene una idea paranoica de la Unión Soviética, y también en un espíritu militarista. Que aquí existan métodos más democráticos de decisión hace aún más imperativo el mantener tales condiciones. Es cierto también que en la Unión Soviética el mando político interno se ha basado hasta cierto punto en el miedo al ataque del exterior; pero conforme sube el nivel de vida y se hacen evidentes otros logros económicos, y a medida que el régimen adquiere mayor fuerza auténtica —como está sucediendo— va perdiendo importancia esta base de estabilidad política. El papel que juega la élite soviética descansa más y más en la realización de los planes de desenvolvimiento doméstico y menos en el miedo a la guerra.

5. Hoy día Estados Unidos se encuentra, o cree que se encuentra, detrás de la Unión Soviética en la competencia de armamentos, especialmente en proyectiles. Según el espíritu militarista, tal estado de cosas ha de causar desesperación entre la élite del poder; seguirán tratando con toda su energía de conseguir "una posición de fuerza", en una trayectoria espiral sin fin. Existen buenas razones para creer, además, que la tecnología soviética consolidará su ventaja no tanto por la excelencia de su adelanto científico, sino por la estupidez capitalista de Estados Unidos.

6. Muchos de los dirigentes y portavoces de Estados Unidos se inclinan a creer que el tiempo favorece al sistema soviético, que la "historia" en sí se opone a su propio sistema. La verdad, creo, es que algunos sectores de la élite del poder estadounidense y algunos círculos de los intelectuales de la OTAN cada vez se afirman más en la idea de

un futuro soviético, como lo he definido antes. Muchos de los principales miembros de la élite del poder creen que en la Unión Soviética existe mayor y más vital impulso y sentido de dirección que el de Estados Unidos y de otros Estados capitalistas del Occidente. Los aterra considerar el resultado de la competencia pacífica entre los dos sistemas. Muchos creen que Estados Unidos sólo podrá ganar la competencia por medio de la fuerza de las armas; aunque no saben, o cuando menos nunca dicen, qué significaría tal "victoria". Los soviéticos están convencidos de que pueden ganar sin recurrir a la guerra.

Me parece que lo anterior implica la idea, hasta cierto punto verdadera, de que la estrategia militar soviética es sólo un aditamento de su sistema político, mientras que Estados Unidos ha hecho de su sistema político un aditamento de la estrategia militar. ¿Cuál es el sistema *político* mundial de Estados Unidos?

El panorama que he esbozado no es más que una de las bases de la política soviética. La élite soviética se aferra aún al espíritu militarista, pues todavía tiene en su bando una nación que surge, China, débil aún en asuntos internacionales. Como la élite estadounidense, la soviética padece aún la equívoca ilusión de pensar que la guerra nuclear no puede llevar a la humanidad a otro fin que el suicidio. ¿Se puede dudar que llegarán a la violencia nuclear si creen que la necesitan para "defender" su sistema y para realizar sus múltiples planes y objetivos domésticos?

Si continúa en ambos lados la fatal interacción de los partidarios de la guerra, y aumenta su ascendencia en los dos bloques, en cierta fase específica

de esta reciprocidad que conduce a la aniquilación mutua, ya no importará quién sea el culpable. Para romper el estancamiento, para librarse del círculo vicioso, se necesita ahora una acción unilateral.

Lo que más me interesa aclarar sobre el balance de la culpa es que si Estados Unidos tomara ahora la iniciativa (en la forma que explicaré), habría razones de peso para creer que la Unión Soviética haría lo mismo; las fuerzas de la sociedad soviética que obligarían a la élite de ese país a hacerlo son muy poderosas y día tras día aumenta su fuerza. ¿Por qué entonces no trata Estados Unidos de desplazar el balance de la culpa? ¿Por qué no demuestra claramente que *no* tiene miedo de enfrentarse en el campo político cultural y económico con la Unión Soviética y su bloque? Es fácil decir que Estados Unidos debería tomar ahora la iniciativa. Y es fácil tomarla. Es más, es fácil decir cómo se podría hacer sin quebrantar la máxima "seguridad" militar.

## V

Lo que debe hacer Estados Unidos es anunciar al mundo un programa general en el que se especifiquen las fechas aproximadas en que se llevarán a cabo cada uno de los puntos del mismo. Estos actos inicialmente deben ser unilaterales. Debemos decir: Estados Unidos hará tal cosa, sin considerar lo que hacen o dejan de hacer otros Estados, aliados o enemigos. Las formulaciones posteriores de este plan (debe aclarar nuestro aviso) se efectuarán si otros Estados responden del modo previsto a nuestros actos iniciales y al plan en su totalidad. Las etapas posteriores están sujetas a gestiones posteriores que se llevarán a cabo después de que Estados Unidos haya comenzado a realizar el plan.

Cuando digo tomar la iniciativa no quiero decir sencillamente hablar; quiero decir hablar y comenzar a actuar. No es necesario, por supuesto, llevar el principio de acción unilateral "al extremo". No hay gobierno que destruya a la vez todas sus armas. Pero no es necesario. Cuando se propone, como lo hago, el desarme nuclear unilateral, por parte de Estados Unidos, no significa que destruyamos todo nuestro arsenal a la vez. Lo que es necesario





es que *comencemos* a destruirlo públicamente, y en presencia de observadores de la Unión Soviética y de otras naciones, y que propongamos las condiciones bajo las que continuaremos la destrucción del resto de acuerdo con un plan determinado.

¿No es tiempo de que los portavoces estadounidenses dejen de repetir *ad nauseam* que toda acción de la URSS es “mera propaganda”? ¿Acaso es “mera propaganda” la “propaganda de hechos” que han efectuado los soviéticos? Si es eso, es también probable que constituya un nuevo rumbo en la interacción de los Superestados. Estados Unidos debe ahora hacer tal propaganda. Por ejemplo:

Si el plan para un “desarme” completo y general que ya ha propuesto la URSS en dos ocasiones es “mera propaganda”, no sería difícil desenmascararlo. Comencemos a cumplir con sus demandas iniciales por medio de palabras y hechos. Comencemos a reducir el arsenal. Comencemos a abandonar las bases del otro lado del mar. Anunciamos este plan de reducción y de abandono. Expliquemos las condiciones bajo las que ha de continuar. Todo esto no tiene por qué ser peligroso desde el punto de vista militar. Comencemos a poner en práctica los controles y las inspecciones que han propuesto los rusos. Después de que se haya iniciado el programa, podremos exigir medios de inspección más eficaces y de control más seguro por ambas partes.

¿Acaso se perdería algo con lo anterior? El arsenal estadounidense, según se nos dice, basta ahora para eliminar a la población de todo el mundo y para devastar los principales medios de subsistencia. Aun desde el punto de vista de la locura militarista no se perdería nada con las acciones propuestas. Destruyamos la mitad del arsenal, abandonemos la mitad de las bases; todavía habría suficientes muni-

ciones y suficientes medios de transporte para resguardar “la seguridad militar” de acuerdo con las extrañas y nefandas ideas de seguridad que imperan hoy en los más altos círculos.

¿Cuántos estadounidenses han leído los textos completos para el desarme propuesto por los soviéticos a las Naciones Unidas, por ejemplo, la segunda proposición (2 de junio de 1960)? Creo que tengo tanta conciencia como cualquiera de los peligros y dificultades de una propuesta de esta clase. Pero no alcanzo a entender cómo una persona que realmente se oponga a la guerra, que realmente se oponga al desperdicio y al peligro de la carrera de armamentos, que realmente no tenga miedo a una paz legítima, puede desconocer estas proposiciones concretas, y no responder de un modo parecido al que acabo de esbozar.

De no considerar estas propuestas, la élite de Estados Unidos, el pueblo estadounidense, al menos uno de los dos partidos políticos, ¿no juzgaremos por fuerza esto como una razón de peso contra Estados Unidos en el balance de la culpa? ¿No dará la razón “al punto de vista chino” dentro del bloque?

Por experiencia personal sé bien que explicar la situación de este modo, recomendar que la propuesta soviética se tome en serio y que se actué conforme a ella, aunque no sea más que a modo de prueba, es correr el riesgo de ser llamado “simpatizante” del comunismo. Pero, ¿no deberíamos preguntarnos: si tomamos estas acusaciones en serio, permitiendo que inhiban nuestro esfuerzo de pensar con claridad (que es lo que se intenta), sería posible proponer algo que pueda alejarnos del espíritu militarista y de la trampa paranoica, que permita que la humanidad se aparte del camino que la está llevando a la Tercera Guerra Mundial?

Para los estadounidenses de hoy, me parece que la respuesta sería negativa. Porque esa acusación es parte de una dificultad insuperable, y del poder inhibitorio que tiene la facción de la Guerra Fría entre la élite estadounidense y en los sectores intelectuales de la OTAN. También del otro lado, la acusación de "americanófilo" es parte del estancamiento que cuidadosamente sostienen los estalinistas recalcitrantes y otras facciones de la Guerra Fría en el campo soviético.

Por lo anterior, debemos comprender por qué tantos estadounidenses han perdido hasta la visión misma de la paz, por qué hay una falta absoluta de programas estadounidenses realistas para la paz, por qué los dirigentes en Estados Unidos muestran tal inercia al enfrentarse a las propuestas de otros. Y por eso precisamente todos debemos comenzar a formular y a discutir del modo más parcial posible las normas para la paz.

Al hacerlo, ¿no deberíamos recordar que el único punto de vista realista militar es considerar que el enemigo no es Rusia, sino la guerra? ¿No deberíamos considerar que la única actitud política realista es la de que no los rusos, sino los partidarios de la Guerra Fría en ambos lados, son los verdaderos enemigos?

Pero ¿no equivale toda propuesta semejante al "apaciguamiento"? ¿No darán como resultado "un nuevo Munich"? A mi parecer, la respuesta ha de ser un enfático *no*. Tan falaz analogía histórica desconoce las diferencias que existen entre la Alemania nazi y la Rusia soviética; desecha lo que hay de nuevo en el mundo actual. Por ejemplo: Krushchev no es Hitler ni Stalin; la élite soviética tiene mayor interés en el desenvolvimiento de su actual sociedad que en ampliar sus fronteras por la fuerza: las armas nucleares (bien lo saben los soviéticos) presentan cualitativamente un nuevo peligro; sobre todo, creen que pueden "ganar" en la competencia de los dos sistemas sin recurrir a las armas. Si Estados Unidos no desea la guerra, hemos de hacer frente a esta competencia en lo económico, en lo cultural y en lo político. ●



## NOTAS

- <sup>1</sup> Las obras de dos autores que escriben en inglés, E. H. Carr e Isaac Deutscher, son indispensables para comprender la historia y el criterio político actual de la Unión Soviética.
- <sup>2</sup> He tomado estos puntos de vista del discurso pronunciado por Adlai Stevenson el 1º de junio de 1960; otros de las recientes conferencias de Isaac Deutscher en Canadá [*The Great Contest (La gran competencia)*, Oxford, Nueva York, 1960].
- <sup>3</sup> Cfr. I. Deutscher, *op. cit.*
- <sup>4</sup> Véase el ensayo de Paul Sweezy —el mejor resumen que conozco de estos asuntos— en *The Nation*, 28 de marzo de 1959.

